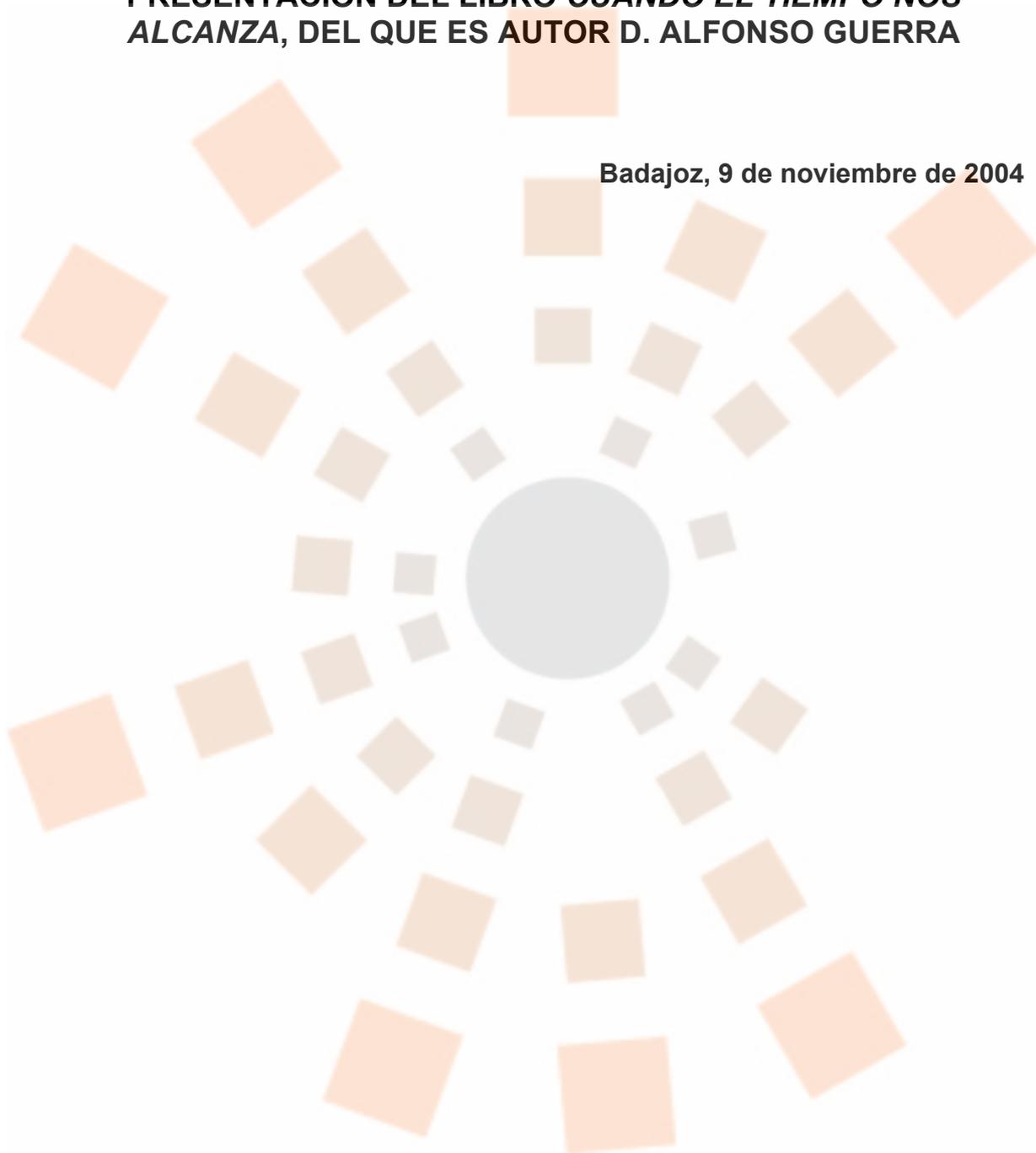


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA
PRESENTACIÓN DEL LIBRO *CUANDO EL TIEMPO NOS
ALCANZA*, DEL QUE ES AUTOR D. ALFONSO GUERRA**

Badajoz, 9 de noviembre de 2004



**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA PRESENTACIÓN
DEL LIBRO *CUANDO EL TIEMPO NOS ALCANZA*, DEL QUE ES AUTOR D.
ALFONSO GUERRA**

Badajoz, 9 de noviembre de 2004

Bueno, yo estaba, -buenas noches a todos-, yo estaba preocupado porque la Editorial se había encargado de organizar este acto y no había visto ninguna cuña publicitaria, ni siquiera una nota de prensa que indicara a los ciudadanos de Badajoz que esta noche se presentaba aquí el libro de Alfonso Guerra, *Cuando el tiempo nos alcanza*. Pero, en fin, veo que no ha hecho falta publicidad, ni siquiera nota de prensa y si hubiera habido publicidad o nota de prensa estaríamos en el auditorio municipal o en la plaza de toros porque, sin que nadie lo supiera, hoy se ha reunido aquí un grupo importante de personas, lo cual, yo agradezco.

La primera vez que yo hice un mitin político con Alfonso Guerra, y mi primer mitin político fue precisamente aquí, en Badajoz, en el López de Ayala, y recuerdo que, en aquel tiempo, la escenografía era que los oradores teníamos una mesa en el escenario y el público estaba abajo y los oradores encima y, entonces, salíamos entre bambalinas y cuando ya íbamos camino de la mesa para hablar, comenzar el mitin, el primero de mi vida, recuerdo que yo iba con unos papeles y me dijo Alfonso: ¿tú, de qué vas a hablar? Digo, yo voy a hablar de socialismo y libertad. Y me dice: y eso ¿qué es? Digo... Dice, trae para acá los papeles a ver que vea yo lo que vas a decir. Y cogió los papeles y los rompió. E íbamos ya saliendo y me dijo: tira para adelante, que en los mítines no se lee.

Bueno, yo ahora voy a coger los papeles para que no me los rompa porque voy a leer tres folios que son algo que ya estaba escrito hacía tiempo y que están dentro de un libro que yo también estoy escribiendo sobre la actuación de los socialistas en Extremadura, una estrategia política del socialismo en Extremadura, y después una pequeña parte más que la he escrito entre ayer y esta tarde.

Empezaré diciendo que yo a Alfonso Guerra lo conocí cuando acababa de entrar, con algunas otras personas que hay aquí, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla. Su presencia impresionaba y su mirada también. Guerra tendría entonces 28 o 30 años, el pelo largo, la barba negra y una trenca. Detrás de sus gafas descubrí una mirada aguda y sarcástica en la que podía instalarse la ironía o el asombro. De entrada me impresionó que

Alfonso, pese a estar allí estudiando, mirara con cierta distancia los movimientos estudiantiles. Con él, aparentemente, no iban esas cosas. Nos contemplaba como diciendo: esos pequeños burgueses haciendo esas tonterías... Esa distancia la mantuvo a lo largo de toda la carrera, aunque ello no le impedía aleccionarnos sobre lo que había que hacer, lo que demostraba que, de verdad, le interesaba que existiera un movimiento estudiantil en la España de 1969.

La verdad es que te incomodaba cuando veías a esa persona que te aleccionaba sobre huelgas y manifestaciones y, a continuación, después de una refriega policial, te contemplaba con sorna, como diciendo: muchacho, ¿qué te crees que estás haciendo, la revolución? La revolución es una cosa mucho más seria, la hacen los obreros y no un grupete de estudiantillos.

Poco a poco fui constatando que Guerra en Sevilla era como Dios, estaba en todas partes. Impartía clases de dibujo técnico en la Escuela de Aparejadores, y según testimoniaban sus alumnos, era un excelente profesor. Si ibas a comprar un libro a la librería Antonio Machado, allí estaba Guerra para asesorarte sobre novedades prohibidas. Si ibas al Cine Club, era él quien presentaba las películas y llevaba a cabo el coloquio posterior. Dirigía un grupo de teatro. Y, después, supe también, que estaba en la Dirección Nacional del Partido Socialista Obrero Español.

Además, cuando había que hacerlo, se enfrentaba a los catedráticos con un desparpajo y una soltura increíbles. Recuerdo una conferencia que organizamos en la Facultad de Derecho, dictada por José Batlló, -te acordarás- Director de la *Revista de Poesía El Bardo*, que se editaba, entonces, en Barcelona. Previamente, invitamos a un café al conferenciante que iba a disertar sobre Pío Baroja. El catedrático de Literatura, una buena persona, por cierto, que iba a presentar al conferenciante, le preguntó a éste que si conocía el opúsculo que había escrito sobre Baroja. Inesperadamente terció Alfonso que, además, era alumno suyo, “yo lo he leído, es una mierda y no aporta nada”. El catedrático, como esos personajes tristes de sainete, no vio otra salida que excusarse: bueno, es que no he pretendido hacer más que un pequeño recuerdo por su centenario.

A Alfonso Guerra le daban matrícula de honor en Literatura. Su tema favorito era La Regenta, un verdadero experto. En todos los exámenes, aunque preguntaran por el Mío Cid, terminaba hablando de los méritos de la voluminosa obra de Clarín y, sin duda, muy bien. Tan bien que le daban matrícula.

Yo, por entonces, militaba en un estafalario y reducidísimo grupo denominado Asociación de Maestros Marxistas-Leninistas Revolucionarios. Por ahí anda Eduardo Fernández León, que se acordará de esto.

Conocedores de la militancia socialista de Alfonso, le invitamos a una charla sobre marxismo con la intención de dejar al descubierto el carácter reformista del estudiante librero. Nos dejó hablar y cuando ya no teníamos más que decir, que era poco, empezó él. Me dejó impresionado por su cultura y por

la claridad de sus ideas. Aparte que fue enfrentando una a una mis aprensiones y respondiendo con contundencia a cada una de las preguntas que se la formulaban.

Siempre he preferido el razonar a las consignas. Las consignas las abandono fácilmente, no así las convicciones. Por eso me interesó Alfonso Guerra. Me ayudó a dejar de lado algunos dogmas adolescentes, a la vez que fortaleció y me fortaleció mis posiciones.

A partir de entonces se establece no sólo una relación de trabajo, sino una amistad que, afortunadamente, hoy perdura. Colaborábamos en las tareas políticas y nos apoyábamos en los estudios. Alfonso faltaba mucho a clase por sus viajes a Francia. Paco Fuentes y yo le pasábamos los apuntes que, regularmente, iba a recoger a nuestro piso. Tengo el recuerdo de un hombre sorprendente. Nos imponía un gran respeto, en gran medida porque estábamos convencidos de encontrarnos ante un personaje singular y extraordinario, pero también por su solidaridad y su amistad. Cuando Paco Fuentes y yo nos fuimos un año a Francia a consecuencia de un expediente, quien nos mandaba los apuntes a París, donde estaba Paco, y a Nantes, donde estaba yo, era Alfonso Guerra. Dada la impronta de su carácter, te lo habrías esperado de cualquier estudiante menos de Alfonso Guerra.

El primer dinero que gané como estudiante fue con Alfonso Guerra, él hacía muchos estudios para revistas de sociología norteamericanas. Estaba haciendo una sobre la mujer sevillana para una publicación americana y me pidió que colaborara con las encuestas. Guardo todavía el cuestionario. Tuvimos que entrevistar a muchas mujeres, íbamos a Galerías Preciados, al Corte Inglés, a los grandes almacenes, a preguntar a las dependientas cuando terminaban su trabajo. Alfonso hablaba con el director, -se ponía chaqueta y corbata-, para que nos autorizaran, y yo hacía las encuestas. Recuerdo que gané 700 pesetas que, después, gasté comprando libros en la librería de Alfonso Guerra.

Hoy, hoy ya no compro libros en su librería, entre otras cosas porque se ha cerrado. Hoy presento un libro salido de su pluma, de su inteligencia, de su corazón y de su bondad. No hay, apenas, acritud en todas y cada una de sus páginas. El libro empieza con el nacimiento de un niño llamado Alfonso Guerra y termina con la fotografía de otro niño llamado Alfonso Guerra. Así empieza el libro y así termina. En medio, unas cuantas décadas de vida, vivencias y política. El libro, para mí, es un espacio de 346 páginas entre dos niños, Alfonso Guerra y su hijo.

Siempre he pensado que Alfonso Guerra ha visto la política desde la mirada de los niños. No estamos ante un político que pretenda la igualdad a través de la lucha de clases. Estamos ante un hombre que busca la igualdad en la infancia, en la niñez. Alfonso Guerra no soporta que la cuna marque para siempre el futuro de los niños. Alfonso Guerra supedita otro tipo de igualdades a la igualdad básica de los niños desde el mismo momento de su nacimiento. Ahí encuentro yo la nota distintiva de este político socialista, controvertido e

hiriente cuando olvidamos ese concepto de igualdad que, sin duda, constituye su pasión y su dedicación.

En el libro, Alfonso Guerra, se utiliza a sí mismo como excusa para enumerar una serie de daguerrotipos, dándonos una visión de múltiples personajes que han tenido una influencia importante, bien en su vida, bien en el socialismo, bien en España. No podía faltar, como era lógico y natural, una semblanza de Felipe González, ya que sin la presencia de este último, es difícil entender los años 70 y 80 del libro y de la biografía de Alfonso Guerra.

No tomaré partido respecto a un asunto que planea sobre la biografía política de ambos personajes. Pero sí diré algo al respecto. Alfonso Guerra, Felipe González y algunos otros políticos, pertenecemos a una generación de políticos que no buscamos el poder, sino la libertad. Conseguida la libertad, el poder no entraba en nuestro proyecto de vida. Eso explica la resistencia de Alfonso a entrar en el Gobierno cuando se le ofrece ser Vicepresidente y me consta esa resistencia. Y eso explica, también, la carta de Felipe González a Alfonso Guerra que él reproduce en la página 220 del libro.

Nuestra vida, la de la vida de estos políticos que estábamos con esa actitud, ha sido una constante interinidad política, interinidad no es lo mismo que afán de permanencia. La permanencia te obliga a ser temeroso y hasta cobarde. La interinidad te hace fuerte, arriesgado y decente.

Alfonso Guerra siempre estuvo y está en política desde una posición de interino, de oyente en algunas ocasiones, dijo él. Y eso explica su coherencia, su fuerza y sus convicciones. Siempre dispuesto a ponerse al borde del precipicio con la seguridad de que no existía miedo a caerse y con la convicción de que el contrario sí sentiría el vértigo al acercarse a terrenos resbaladizos.

La interinidad te obliga a aprovechar el tiempo en beneficio de las ideas que defiendes. No quieres estar pero, si estás, vas hasta el final en tus principios y en tus convicciones. Ése es Alfonso Guerra, el hombre que fue hasta el final en sus principios y en sus convicciones. Por eso, Alfonso no tiene, no tenía adversarios políticos. Alfonso, como otros políticos de su generación y de su estilo, tiene amigos o enemigos. Los amigos, dentro y fuera del partido; los enemigos, dentro y fuera del partido. Nadie fue capaz nunca de alcanzarle y mucho menos de cazarle. Intentaron acabar con él, no por ser socialista, sino por ser socialista coherente. Su querencia le lleva a alinearse con las causas que él considera justas; y a despreciar, y yo con él, la hipocresía reinante entre quienes abrazan sólo aquello que les beneficia o que no les perjudica.

He dicho que nadie le cazaba ni alcanzaba, me equivoqué, le ha alcanzado el tiempo, según el título del libro que hoy presentamos. Y con el tiempo le ha alcanzado la verdad, el reconocimiento y el respeto de quienes se descubren ante el político socialista respetable y admirado. Hoy, por unanimidad, es el presidente de la Comisión Constitucional del Congreso de los Diputados. No había ocurrido nunca en la historia de la democracia. Su elección por unanimidad, es una lección para todos, para los cobardes que

huyen de lo justo como de la peste, si les perjudica a corto plazo; y para los que le tenemos como referencia en nuestra militancia política porque sabemos que no nos habíamos equivocado cuando las ratas abandonaron el barco y, unos pocos, nos quedamos al lado del político decente, al lado del político que cuando llegó a su despacho de Vicepresidente en el complejo de La Moncloa, termina el libro diciendo, “soñó que no fracasaríamos” y empezó a trabajar.

Así termina el libro y espero que él ahora, aclare algunos capítulos. Gracias.

